

## Aprendizaje

---

Alicia Semiglia

(Consejo de Educación Secundaria, Uruguay)<sup>1</sup>

### I

El ómnibus saturado de pasajeros se detuvo en la parada. Se dio cuenta de que tenía que subir, como fuera. Nunca se lo había tomado “para el otro lado”, el destino indicaba un barrio de la “Zona Oeste”.

El tiempo apremiaba, ni loco iba a esperar el siguiente. Como pudo empezó a imponer el derecho a tener un sitio en ese amasijo de gente en el que se convierte un ómnibus urbano en una hora “pico”. Su enorme anatomía lo consiguió sin demasiado esfuerzo, y no sin ganarse más de una mirada de reproche. No pasó de eso, ¿quién iba a meterse con aquél grandulón?

El paquete que llevaba complicaba aún más la cosa, su fragilidad hacía que tuviera que duplicar los esfuerzos para mantenerlo a salvo de los empujones desesperantes que se producían a cada frenada del chofer, que parecía olvidar que transportaba personas. No faltó el clásico: “Eh, ¿pensás que llevás ganado?”.

Lo acomodó como pudo. Habían quedado en encontrarse al mediodía y solo restaban quince minutos. Se dio cuenta que en el apuro había olvidado su celular. Se sintió impotente.

La otra complicación la representaba la altura del mes: no tenía más que el dinero de los boletos encima, ni pensar en un taxi. Había estado buscando toda la mañana el disco de Cabrera, salir a tiempo de su casa resultó imposible. Esa manía de su madre por ordenarle el cuarto lo exasperaba, pero no había cómo hacerla entender, parecía haberlo escondido a propósito.

---

1. Profesora de Literatura egresada del Instituto de Profesores Artigas, docente en Educación Secundaria y Consejo de Educación Técnico Profesional (Montevideo, Uruguay). Publicó reseñas en la revista *Tenso Diagonal*, escribió el prólogo de *Ruido blanco 5, cuentos de Ciencia ficción uruguaya*. Expuso sobre los escritores Paulina Medeiros y Vicente Salaverry en las Jornadas Académicas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (2015 y 2017), en el Coloquio internacional de Literatura Fantástica en el Instituto de Profesores Artigas (desde 2014) y sobre Paulina Medeiros y Armonía Sommers en el IV Congreso Internacional Visiones de lo Fantástico (Universidad Autónoma de Barcelona, 2019). Egresada de la Escuela de Narración Oral Caszacuento (Teatro Solís), dirigida por Niré Collazo (2020). Integra el Grupo de Investigación sobre Literatura fantástica uruguaya dirigido por el Dr. Claudio Paolini.

—¡Mamá! ¿Viste un disco que dejé acá?

—Sí... lo saqué cuando limpié ese rincón... dejame pensar...

—¡Mi Dios, vieja! ¿Cuántas veces tengo que decirte que no me toques nada? Y encima, ¿no te acordás dónde lo guardaste?

Y ese disco... finalmente encontrado en el lugar menos pensado, iba sobreviviendo en sus manos, soportando los apretones, frenadas y curvas que marcaba el camino.

## II

Por un momento se olvidó del tiempo, del calor agobiante provocado por tanto contacto físico, de la transpiración que lo bañaba. Su cara de niño, que contrastaba con su gran corpulencia, se dulcificó. Entornó sus ojos chiquitos, de mirada limpia. Pensó en ella.

No había soñado que tendría alguna oportunidad. Su timidez hacía que no lograra mirarla directamente a los ojos. Como cuando la vio por primera vez en aquel lugar de resistencia. Lo había llevado Martín. Fue una noche de verano, antes que tuvieran que abandonarlo por el avasallante desalojo.

Entró a la vieja casona con desconfianza. El pasillo casi en penumbras lo guiaba al ambiente en donde estaban las mesitas. Se sentó con Martín y pidieron algo de beber. Entonces apareció ella, vestida con una larga remera, jeans gastados y su guitarra cruzada. Le impresionó la frescura de su rostro, su pelo enmarañado, como si no se hubiera peinado. Sin presentarse comenzó a cantar algo que él no conocía. Hablaba sobre cielos despejados, vuelos impetuosos, y libertad.

La voz de Cecilia lo atrapaba, sentía que podía entenderla. También pensó que en realidad no sabía si en ese momento quería detenerse a analizar la letra. El encanto de su voz le bastaba.

Cantó algunos temas y se dirigió a una mesa donde la esperaban algunos amigos. No recordaba cómo llegó a sentarse a su lado. La vehemencia con la que opinaba acerca de los temas instalados entre ese grupo de amigos le mostró otra característica de su personalidad, muy alejada de la dulzura con la que interpretaba las canciones. Tampoco recordaba de qué manera la conversación había llegado al punto en el que él intervino para manifestar: “No me gusta Cabrera, no lo entiendo”.

Fue justo en ese momento. Sus ojos se enfrentaron. En realidad ella dio un giro con su cabeza, pegándole con su pelo en la cara. Rulos y rastas le hicieron sentir el enojo de esa chica que se sentía atrapada por las letras del cantautor.

El enojo de Cecilia no duró demasiado. La mirada ingenua de Rafael la desarmó al instante. Empezó a reírse tanto que él no pudo menos que bajar la cabeza, escondiendo su rostro que se había enrojecido totalmente.

Se vieron al otro día, por iniciativa de ella, él jamás se habría atrevido. Pasearon por el callejón, bajaron hasta la rambla. Hablaron de mil cosas, y ya con un poco más de confianza él le confesó que ni idea de esa imagen de “Calle Llupes raya al medio...”.

### III

Le preguntó al guarda si faltaba mucho para llegar a la calle Gowland, y le faltaba, recién había cruzado el viaducto. El 128 tomaría más adelante la calle Santa Lucía. El hombre prometió avisarle.

Había vivido desde su infancia en el Parque Rodó, y de aquella zona de Montevideo solo tenía “oídas”.

Cecilia vivía allí, en Nuevo París, y lo había citado en su barrio, para que él entendiera algo (¿qué sería?).

Por fin se bajó, le pareció una eternidad ese trayecto. Volvió a acomodar el disco que ella le había prestado, reliquia en vinilo heredada de su padre. Es que no comprendía cómo a él no le gustaba...

Sacó de un bolsillo el plano que Cecilia le había dibujado. Cruzó la calle y comenzó a caminar.

Solamente una cuadra y la divisó allí, esperándolo a pesar del retraso. Peluda y sonriente, paradita en el cantero que divide en dos la calle Llupes. Se abrazaron y continuaron el recorrido a pie. Ese, en el que esa calle encuentra a Belvedere.